

Con la sección *Perfiles* la revista *ISLAS* pretende dar a conocer a sus lectores la vida y obra, así como las propuestas y perspectivas que para la Cuba presente y futura ofrecen destacadas personalidades afrodescendientes que se desenvuelven en el ámbito de la política, la cultura, el activismo cívico o la religión.

María Ileana Faguaga Iglesias

Leonardo Calvo Cárdenas
 Historiador y politólogo
 Vicepresidente del *Partido Arco Progresista* (PARP)
 Vice coordinador Nacional del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR)
 La Habana, Cuba

María Ileana Faguaga se ha convertido en una de las más auténticas voces intelectuales del país. Una sólida formación, una amplia experiencia de trabajo, reconocida seriedad y calidad profesional y honestidad a toda prueba le han ganado un merecido prestigio dentro y más allá de nuestras fronteras.

Esta historiadora, antropóloga, investigadora y profesora, nacida en La Habana en octubre de 1963, comenzó a forjar su sólida carrera desde las aulas universitarias, donde este redactor tuvo la oportunidad de forjar su amistad y admiración por ella.

Después de graduarse (1987) como licenciada en historia contemporánea (Universidad de La Habana) profundizó su formación con estudios de diplomado, postgrado y maestría en Cuba y en Brasil, en especialidades tan importantes como etnología y antropología sociocultural.

Su ya reconocida trayectoria académica abarca estudios, ensayos y publicaciones en



María Ileana Faguaga

temas como las relaciones interraciales, raza y salud, género, mujer afrocubana, afroreligiones, relaciones de poder, nación e identidad. Su obra ha sido publicada en Cuba, Brasil, Colombia, México, Estados Unidos, Jamaica, España e Italia.

En los últimos años ha desarrollado una intensa labor como directora del programa de diálogo inter-cultural e inter-religioso de CEHILA-Cuba (Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en Latinoamérica). En su calidad de profesora adjunta de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana ha impartido los postgrados: Encuentros y desencuentros de los mundos religiosos y los mundos seculares, “El factor religioso en la política estadounidense” y “Panorama del mundo religioso”.

Entre las muchas investigaciones realizadas por esta prolífica y acuciosa estudiosa de nuestras raíces y realidades socioculturales se destacan: “Relaciones de poder y autoridad entre la Iglesia católico-romana y la santería cubana”; “Género, raza y salud”; “Propuesta metodológica para el estudio de la negritud desde la Cuba del siglo XXI”; “Raza, poder y nación”; *Afro-Cuban Women and Health Care* y “La mujer afrocubana”.

La versátil e incansable intelectual ha incursionado también en el periodismo como corresponsal, columnista y asistente de importantes medios de prensa como la agencia *France Press*, la revista brasileña *Mais e Mais*, *Radio Única* (Miami) y *Radio Monitor* (México). Actualmente es una de las principales colaboradoras de nuestra revista en Cuba.

Su trabajo y obra revisten enorme importancia para el debate actual y futuro sobre las relaciones socioculturales entre los diferentes componentes de la sociedad cubana. Su reconocida honestidad intelectual y valentía personal la convierten en referencia obligada a

la hora de profundizar en la realidad cubana. Ella ha accedido a compartir con los lectores de *ISLAS* sus ideas, criterios y valoraciones sobre temas importantes para el presente y el futuro de Cuba.

Leonardo Calvo Cárdenas: ¿Qué valor le concedes al cuidado de la verdad histórica y a la profundización en las claves y fundamentos antropológicos de una sociedad tan diversa, plural y compleja como la cubana?

María Ileana Faguaga Iglesias: La historia, tantas veces mal apreciada, concebida y reproducida como cuento, incluso casi fantástico, es verdad de Perogrullo: una ciencia que, como tal, tiene como objeto el relacionamiento, análisis y reflexión, en tanto proceso y sistema, de los acontecimientos, pensamientos, costumbres y creencias del diario acontecer social. La historia es un proceso en sí misma, como material de sus análisis y reflexiones, y cuenta todo, es decir: lo macro y lo micro, las colectividades y las individualidades, siendo tan importantes los acontecimientos como los símbolos, pues ambos comunican y puede que en los imaginarios colectivos muchos símbolos considerados intrascendentes para quienes recogen la historia resulten más significativos para las colectividades que las vivencian sin aparecer, la mayoría de las veces, en los libros.

Por ello, el contenido de la ciencia histórica en ningún caso debería conformarse exclusivamente por los hitos sobresalientes ni por los roles de las personalidades, sino por el devenir diario y las actuaciones de los sujetos comunes, pues unos y otros van propiciando las circunstancias que conducen a los grandes acontecimientos y posibilitan la formación e irrupción de las personalidades que capitalizan y visibilizan, para bien o para mal, los grandes sucesos históricos. Descuidar esa esencia fundamental de la ciencia histórica, comenzando a percibirla casi en exclusiva

como relatoría de grandes acontecimientos y destacando únicamente los aspectos considerados positivos de las personalidades, obviando su condición de humanos para pretender imponernos una visión mitificada y deificada de la historia y de sus sujetos protagónicos, omisión unas veces y tergiversación otras de la verdad histórica, hasta el presente tiene un comportamiento perjudicial en la historia de la sesgada nación cubana que aún somos y, en consecuencia, de las narrativas que mostramos al mundo.

Enfrentarnos a sus verdades, a nuestras verdades como nación, es partir precisamente de su parcialidad, de la reproducción interna no ya del coloniaje, sino incluso del colonialismo, pues el gobierno de los hermanos Castro Ruz, que discursivamente pretendía ser el más nacionalista, en años recientes se reconoció como de “gallegos nacidos en Cuba”. Si nos detenemos en sus destrozos de todo tipo, por ejemplo, en su clara intencionalidad por deculturarnos y de folclorizarnos lo mejor y más vivo de nuestras raíces afrocubanas, difícilmente se pudiera albergar dudas sobre su condición de colonialistas blancos que, más que gobernar —lo cual equivaldría a servir a la sociedad—, han sometido a la nación a sus caprichos y arbitrariedades, interrumpiendo, obstaculizando e impidiendo su progreso natural, empantanándonos en la realización de ese proceso de integración por más de un siglo afirmado y hasta hoy nunca verídicamente concretado.

Ir a nuestras verdades históricas es volver sobre los orígenes violentos y arbitrarios de nuestra conformación originaria, retornar a la pluralidad y al dicotómico par tolerancia e intolerancia, claves esenciales y propagables de la sociedad cubana desde su etnogénesis, y que, sin embargo, han sido considerados por los actuales mandatarios unas (la pluralidad

y la tolerancia) como características atentatorias de su enfermizo proyecto nacional, marginador y excluyente, totalitario y autoritario, al tiempo que otras (la violencia y la intolerancia) han sido por esos mismos gobernantes empleadas como partes de su arquitectura del poder.

Reconocernos en nuestra diversidad etnogenética y en las consecuentes pluralidades de todo tipo (raciales, culturales, ideológicas, sexuales, de género), nuestra violencia originaria: es decir, esas imprescindibles verdades históricas serán lo único que nos conducirá por los caminos de la reconstitución y del fortalecimiento de nuestro lacerado tejido social, una de las vías que nos permitan la reconstrucción y sanación de nuestros imaginarios y de nuestras llagas como cuerpo social, tan profundamente lacerados por la infausta, impracticable y ficticia asociación entre patria, sistema de gobierno, ideología política y gobernantes.

Nuestro acelerado proceso de desnacionalización necesita pasar por el reconocimiento y fortalecimiento de nuestro pluralismo en todos los sentidos, no exclusivamente —como por ahí suele afirmarse, muy posiblemente a instancias de interesados empujes del poder— de la reconstrucción económica.

Abocados en medio del caos social y de la ingobernabilidad, como no sea por medios cada vez más visiblemente coercitivos y represivos, nos descubrimos a nosotros mismos como pueblo con nuestras verdades históricas, y, partiendo de estas, emprendemos el camino de la equidad legal y distributiva, de la igualdad real de oportunidades, con condiciones para hacerlas efectivas. Ese deberá ser principio y fundamento de cualquier intento de reconstrucción de la nación, de cualquier ensayo de proyecto político diferente, de cualquier elaboración de contrato social, o difi-

cilmente adquirirá la legitimidad requerida en todos los sectores sociales, culturales, raciales, políticos, sexuales, generacionales que nos conforman y para cuyo armónico desenvolvimiento precisamos de aprender a vivir en pluralismo —lo que obliga a poner cotos legales a la violencia—, pasando por las negociaciones y de manera consensuada.

LCC ¿Cuáles crees que son las carencias o lagunas principales que arrastra la historiografía a la hora de enfrentar el enorme reto de definir con claridad objetiva lo que somos como nación?

MIFI: Algunas de esas carencias fueron adelantadas en relación a la importancia de la verdad histórica, pero pudieran mencionarse otras, tan fundamentales como aquellas y en interrelación. No pocos coincidimos en que la historiografía producida en la Isla de Cuba está plagada de silencios y omisiones, arbitrariedades y pésimas y políticamente interesadas interpretaciones. En ocasiones caemos en la trampa de afirmar que ésas son características que atañen a nuestra historia, cuando no necesariamente es así; en todo caso, corresponden a la historiografía, a esas selecciones, visiones, interpretaciones y reflexiones que quedan en blanco y negro, que trascienden en publicaciones en un país donde la edición independiente es un sueño subversivo.

Sí, y ¡qué gran sueño!, ¡qué atractiva y admirable manera de manifestarse desobediente, insumiso rebelde!, es decir: manifestándonos contra las atrocidades y manipulaciones del poder, que todo lo permean, incluso los espacios de construcción y deconstrucción de conocimientos. No olvidemos que si algo dominan excelentemente los gobernantes Castro Ruz, es la vieja máxima de que el conocimiento es poder; en consecuencia, se han dado a limitarnos el acceso al conocimiento, habiéndonoslo cercenado y tergiversado. De ahí

el elevado índice de analfabetismo funcional e instructivo en una sociedad con tan elevado promedio de graduados de enseñanza media y universitaria.

Hasta la actualidad, sin embargo, continúa desconociéndose el peso real de las religiones en nuestra conformación como nación, como proseguimos ignorando el verdadero rol de los sacerdotes y sacerdotisas de nuestro amplio espectro religioso en la solidez de nuestro tejido social. Los gobernantes han impuesto una política ateizante a toda la sociedad, cual si toda hubiese sido integrante del Partido Comunista de Cuba (PCC), y muchos estudiosos se han dado a la tarea de declarar al pueblo cubano ateo y anticlerical; a la Iglesia católico-romana, contrarrevolucionaria (en bloque homogéneo, sin considerar ni la composición de su clerecía ni de su feligresía), y prosiguieran viendo a los afrorreligiosos —con pura visión colonialista, antinegra, positivista y, sobre todo, anticientífica— como delincuentes o proclives a serlo.

Sin embargo, el desconocimiento de la densidad de cada elemento religioso y espiritual presente en la Isla es precisamente lo que permite al gobierno, de manera arbitraria y discriminadora, escoger o designar a la jerarquía católico-romana como interlocutora y no puede dejar de mencionarse que esa iglesia en esta nación, sin desconocer su densidad cultural, carece de la significación que alcanza en otros países de América Latina y de Europa, así como de la autoridad e impacto social de las afrorreligiones, especialmente de la Regla de Ocha o Santería.

Aparte de esta gravísima carencia de la pregonada objetividad que reivindican para sí las ciencias sociales y la historiografía en Cuba, coincido con los historiadores afro-cubanos Juan F. Benemelis e Iván César Martínez en la imperiosa necesidad de revisar el

altar de la patria, donde pululan figuras que tuvieron acciones verdaderamente antinacionales, como el independentista primero y presidente después José Miguel Gómez, quien en 1912 ordenara la masacre de más de cinco mil afro cubanos y que hasta hoy tiene un monumento, recién remozado, en una de las más céntricas avenidas capitalinas.

Urge visitar la historia patria para reconocer el lugar que ha desempeñado cada uno de sus componentes etno-raciales y, en consecuencia, darles su merecido sitio en la historiografía y oportunidades en la vida diaria. La infamia de la mujer negra cubana excluida del feminismo es el resultado de la ignorancia, del racismo, del oportunismo y de la politiquería, solapados bajo el manto caracterizador de una supuesta historiografía revolucionaria. Ni una palabra del destacadísimo papel de la población negra en la pedagogía y el periodismo, nada se dice sobre sus ímpetus por alcanzar instrucción frente a tantos y tan grandes obstáculos. No se menciona el rol de las logias negras, aún vivas al oriente de la Isla. Prácticamente nada se nos dice del papel desempeñado por los migrantes del resto del Caribe hacia Cuba ni de la población cubana que hizo la migración inversa. Es vergonzoso que procure imponérsenos la idea de que la población cubana casi nada había hecho por sí antes de la llegada de los hermanos Castro Ruz al poder e ignorar la sociedad civil de antes y sus intentos más o menos auténticos de revitalización en el presente. Se nos oculta el papel fundamental que desempeñaran los sindicatos como carecemos de una valoración real del Partido Socialista Popular (PSP). En algún momento se llegó al paroxismo de pretender negarse la mutua influencia cultural de los pueblos cubanos y estadounidense y por supuesto es casi por azar que conocemos la historiografía cubana

producida o publicada en el exterior, incluso cuando sus autores son cubanos residentes en la Isla. Las zonas de silencio y de tergiversación se extienden al presente, con tanto archivo vedado para el uso de los investigadores. Desconocemos mucho del ayer, pero tampoco sabemos la mayor parte de los sucesos cotidianos que nos permitirían analizar el presente y, en retrospectiva, enlazarlos con el pasado sin las habituales tergiversaciones.

LCC: A pesar del ateísmo inducido de las últimas décadas, el pueblo cubano sigue demostrando una religiosidad, intensa y diversa. ¿Cuál crees debe ser la contribución de las jerarquías religiosas de cualquier denominación a la reconstrucción de Cuba como sociedad moderna y equilibrada?

MIFI: Humildad, apoyo moral, instrucción y práctica del acercamiento, de la escucha y realización del diálogo, instrucción y dinamización en la búsqueda de consensos, amor para desasirnos de la violencia tan extendida en las interrelaciones entre los cubanos y cubanas de la Isla y facilitar el imprescindible y necesario reencuentro con quienes radican en el exterior. Estos serían algunos de los aportes fundamentales que deberían, en hora fundamental y de encrucijada, definitiva de la existencia misma de la nación, aportar todos los sacerdotes, sacerdotisas, religiosos y religiosas de y para la nación en su totalidad.

Las religiones, cuando cumplen su función, son espacios de acogida y de amor, de armonía y de realización espiritual, contribuyendo de esa manera a la realización de la integridad del ser humano, todo lo cual se nos ha violentado por parte de la estructura castrista de gobierno, introducida hasta en los espacios de privacidad individual y familiar.

Los cubanos, al menos los asentados en la Isla, carecemos de entrenamiento para el diálogo. Se ha exacerbado lo peor de nuestras

características como sujetos individuales y colectivos, estamos presos de la violencia y a su vez la reproducimos. Se dificulta escuchar al que no piensa exactamente igual que nosotros y mucho más al que opina diferente. Nos hemos acostumbrado a que ayudarnos a sobrellevar nuestras precariedades materiales es una obligación y así lo exigimos. Y con desfachatez muchísimas veces agredimos a quienes nos ayudan a sobrellevar nuestras penurias de todo tipo, porque queremos más y creemos siempre que lo merecemos. Sin embargo, no siempre estamos muy dispuestos a compartir con quienes tengan menos que nosotros, no sólo lo material, sino incluso nuestro tiempo.

En ese aprendizaje pudieran asistirnos sacerdotes, sacerdotisas y religiosos de todo credo, siempre que también ellos y ellas estén imbuidos de esa humildad que es fundamental, siempre que estén dotados de tolerancia y abiertos a la comprensión de las diversidades, siempre que no asuman las diferencias como amenazas y, por supuesto, siempre que venzan las tentaciones a posicionarse del lado del poder, porque así estarían inevitablemente en contra de la población.

Por ello deben dominar también la artificial y petulante fascinación de la sobrevaloración de su religión, que necesariamente implica la percepción subvaloradora hacia las otras. Cuando unos religiosos aceptan que los gobiernos les concedan tratamiento privilegiado respecto a otros, aunque no lo manifiesten están posicionándose en situación de superioridad. Ha sucedido en Cuba, donde las denominaciones cristianas por años usaron la visa que les permitía entrar y salir del país por motivos religiosos, que sólo muy recientemente se ha permitido a los aforreligiosos. Cuando sacerdotes religiosos, a título personal y sin el consentimiento de sus comunidades, se permiten a sí

mismos participar en la estructura política, no necesariamente están facilitando el allanamiento del camino para el trato respetuoso a sus comunidades religiosas y a las otras. Eso, igualmente, ha sucedido en Cuba, donde los diputados a la Asamblea Nacional con manifiesta profesionalidad como pastores o *babalawos*, no han pedido consentimiento a sus respectivas colectividades religiosas.

Hace falta humildad, sentido de colectividad y compromiso comunitario. Es indispensable valorar las actitudes individuales respecto a todos y todas, deshacerse de delirios de protagonismos y atracciones por prebendas personales. La Cuba del futuro necesitará aprender a vivenciar la horizontalidad y la simetría, para lo cual es menester aprestarse a aprender ya. Demeritar a los demás no nos hace mejores.

LCC: ¿Qué criterio merece la realidad de la problemática racial en la Cuba actual?

MIFI: Si me expresara, rápida y con profunda honestidad, desde mi condición de negra cubana y afro cubana, es decir: partiendo de la pertenencia etno-racial y sexual que deriva de las mixturas etno-biológicas de mis ancestros y me concedió la naturaleza, así como de la militancia que asumo con mi radical posicionamiento frente a las discriminaciones y en este caso, frente a la discriminación antinegra, entonces soy igualmente radical y concluyente en mi posición ante la problemática racial en la Cuba actual: total aversión.

Mis impulsos como ser históricamente lacerado, en el presente por igual vejado, no deben conducirme, sin embargo, a albergar odios y resentimientos. Ambos conducen por los caminos del círculo vicioso de la hostilidad, al que, desde la inteligencia de seres pensantes y racionales que somos, nunca debemos dejarnos arrastrar, so pena de

ayudar al racista facilitándoles nuestra aniquilación como sujetos sociales. Por ello, a la radicalidad de posiciones e intransigencia de principios fundamentales, tenemos que acompañar la medida para plantearnos conscientemente y afincarnos con seriedad, responsabilidad y madurez, pero sin dejarnos atrapar en el antiquísimo y manipulador cuento de que hacer por nosotros como colectividad etno-racial afrodescendiente es contribuir a la división de la nación. Hasta el presente nos han utilizado y mancillado, excluido y manipulado, para beneficios del núcleo blanco, ya criollo, ya cubano, pero siempre blanco o que como tal se piensa.

Es fundamental abrir los ojos, tener la mirada atenta y la reflexión atinada que conduzca a la respuesta oportuna. Nuevas acusaciones penden sobre nuestras cabezas de activistas afrocubanas y afrocubanos, ahora señalados por los medios isleños como proimperialistas. Más recientemente, el diario oficial *Granma*, órgano del PCC, amenaza con la revisión de la Ley 88, popularmente identificada como Ley mordaza, según la cual prácticamente cualquier cubano puede ser conducido a prisión y expropiado de sus bienes, los pocos de que disponen de algunos, bajo la acusación de colaborar con una potencia extranjera. De manera que cualquier tipo de colaboración, por ejemplo, con el movimiento negro estadounidense, si no cuenta con el beneplácito de las instituciones de la Isla, pudiera ser (mal)interpretado así y nos criminaliza directamente, tal y como ha venido sucediéndonos por otras vías, como el hostigamiento personal o a familiares, la cárcel de corta duración, la negación del permiso de salida al exterior, las ofensas racializadas y la negativa a publicar, entre otras modalidades de acoso y maltrato.

No obstante, es imposible, a estas alturas de los acontecimientos, permanecer impasibles o pretendidamente acomodados en la larga espera. Tampoco neutrales. Es imposible mantenerse ingenuamente confiados en que los gobernantes solucionarán las profundas asimetrías etno-raciales cotidianamente explícitas en todos los niveles y aristas sociales, ni responsabilizar —tal cual ellos hacen— a cuatro siglos de sistema colonial peninsular y capitalismo republicano.

Cuando las prisiones están desbordadas de jóvenes negros de ambos sexos; nuestros jóvenes se venden a neocolonialistas compradores de sexo, porque la precariedad de sus vidas y el mal ejemplo que constituimos para ellos las anteriores generaciones que confiamos en el estudio y el trabajo honesto para ayudar a progresar a nuestros familiares y hacerlo nosotros mismos, no les dejan otra opción; cuando nuestras profesionales negras tienen que prostituirse o hacer de domésticas en casas de personas blancas con muchas veces menor instrucción que ellas y además, soportar que les maltraten y acusen de ladronas; cuando las expresiones antinegras se hacen cotidianas y nos llaman susceptibles si las rechazamos y respondemos; cuando nuestros niños son discriminados en círculos infantiles y escuelas y continúan condenados a habitar en nuestros cada vez más destartalados solares o casuchas; cuando hasta el gobierno acepta que somos quienes menos remesas en divisas recibimos y, todos sabemos, éstas son fundamentales para la sobrevivencia; cuando a nuestros jóvenes generalmente se les hace imposible el acceso a las universidades y tanto más que habla de nuestra situación de desventaja social, económica y política, de nuestro largo aprisionamiento en estereotipos históricamente contruidos para provecho de la población blanca y en detrimento de quienes ya deberíamos ser

vistos como sus hermanos de nación, sin importar colores epiteliales, culturas ni fisonomías, un 30 % de personas negras en el Comité Central del PCC no es más que elemento decorativo, que fuerza a mantener la resistencia y, necesariamente, pasar a la ofensiva.

LCC: ¿Qué pasos y proyecciones deben asumir autoridades y ciudadanos para enfrentar, con posibilidades de éxito, los enormes retos de la problemática racial en nuestro país?

MIFI: Aun cuando ya estudiosos y activistas afrocubanos, de la Isla —y de esa afrodíspora que nos sigue siendo históricamente omitida— han explicitado pasos concretos en este sentido, voy a asumir el reto de explicitar mi parecer, en lo cual pueda o no coincidir con ellos. Lo haré sin establecer un orden jerárquico, pues considero que deberían muchas de estas acciones producirse en paralelo y articuladamente. Ante todo hay que reconocer:

La situación de asimetrías de todo tipo con fundamento de contenido racista, específicamente antinegro.

La existencia y vitalidad de la estructura sociopolítica racializada y racista.

La condición de pluralidad etno-racial, para desechar la falsa idea de la integración.

El problema racial como de carácter profundamente político.

La gravedad de la situación de asimetrías etno-raciales.

La necesidad de que negros y mestizos sean los principales protagonistas del proceso de eliminación del racismo, sin tutelajes ni falsos paternalismos con los cuales se pretende la coerción en lugar de la asistencia en su proceso de crecimiento y madurez.

La emigración de afrodescendientes cubanos, la diáspora afrocubana, los desterrados afrocubanos, invisibilizados en la apócrifa historia que nos dan por nacional.

Es preciso el desagravio y la puesta en vigor de medidas legislativas que protejan y defiendan contra la violencia racista sutil y descarnada. Hay que deshacerse de la tentación de tener “negros de vitrina”, que sirven al sistema con la repetición de sus discursos y, en virtud de sus ilegítimos posicionamientos, actúan en contra de los millones de cubanas y cubanos negros que fundamos y conformamos la nación, en contra de la verdadera integración etno-racial y, en consecuencia, de la nación toda. Es necesario un proceso legal y concreto de acción afirmativa, así como estimular, en todos los órdenes (cívico, económico, político, cultural, social) el reempoderamiento ciudadano y, como parte de éste, de la afrodescendencia cubana. Hay que trabajar en la ruptura de estereotipos culturales y raciales; reestructurar el sistema de enseñanza y aprendizaje, no sólo de la historia, sino en su totalidad, porque la compleja historia de la vasta África como la historia de la afrodescendencia en su totalidad, no se comprenden sin que en paralelo se trabaje en todos los niveles de enseñanza, en todos sus ejes, como saberes complementarios. Todas las instituciones actuales tienen que engolfarse en ello y deben crearse otras para esos fines.

La efectiva combinación de todo lo antes señalado y de muchos otros empeños contribuirá al reinicio del proceso de reintegración de Cuba y de la afrodescendencia cubana en su espacio natural, el Atlántico Negro, y representará el inicio del verdadero proceso de descolonización, de emancipación, de postcolonización de su población.

LCC: Ser negra y mujer en Cuba, en cualquier época y circunstancia, ha constituido un trance difícil de asumir. A partir de tu profunda sensibilidad y compromiso con este tema, ¿Cómo deben las mujeres cubanas enfrentar el reto de trascender los patrones machistas y



discriminatorios que con tanta fuerza subsisten en nuestra sociedad?

MIFI: El tema de la discriminación de la mujer negra se complejiza. A la discriminación por sexo y pertenencia etno-racial se agrega, para casi todas nosotras, la discriminación por procedencia y/o pertenencia a los sectores sociales económica y políticamente oprimidos. En caso de ser lesbiana, transgénero o bisexual, se añade ese tipo de discriminación, a la cual se pueden sumar otras, por ejemplo: por espacio físico de residencia, sector laboral... La situación se agrava con que, en las desvergüenzas públicamente declaradas por el presidente de la Isla, Raúl Castro, no recuerdo señalara la discriminación referida en particular a nosotras, mujeres negras, pues no son reconocidas por el gobierno ni nunca lo ha sido por su Federación de Mujeres Cu-

banas (FMC). Nosotras, las mujeres negras cubanas, afrocubanas por militancia o no, estamos urgidas de autoreconocimiento, con auténticas definiciones personales y grupales, y de autovalidación de nuestras características, incluidas nuestras beldades naturales, libres de imposiciones colonialistas.

Podemos y tenemos que elevar la autestima desde lo positivo, incluida nuestra historia de resistencias, desafíos y éxitos, visibilizando a sus protagonistas. Tenemos que rescatar esa historia que nos pertenece y nos ocultan o desconocemos, para afianzarnos. Tenemos que hacernos conscientes de que somos buenas para mucho más que para el sexo: demostrarlo es una eficaz manera de quebrar estereotipos. Es nuestra obligación educar a las jóvenes y niñas negras en el respeto de sí mismas, en la no autonegación, a la par que educamos a ni-



ños y jóvenes negros en el reconocimiento de su propia valía y la de sus hermanas.

Apremia que tengamos conciencia de la diversidad de discriminaciones a las cuales se nos somete: racial, cultural, sexual, de género, económica, social (barrial, profesional) y estética. Debemos ganar en claridad respecto a que todo ello proviene de hombres y mujeres blancas, pero también de hombres negros y de nosotras mismas. Ellos y nosotras somos víctimas del poder racializado que ya data de más de cinco siglos, pues nunca se ha desestructurado. Necesitamos descolonizarnos, lo cual pasa por la identificación, negación y liberación de la ideología del mulatismo y del adelanto etno-racial, rebasando a su vez las absurdas discriminaciones entre nosotras según el tono de la piel y el largo y tipo de cabello. Tenemos que vencer la tentación de tener un hombre a todo costo, incluso si nos atropella y discrimina, incluso si tenemos que mantenerlo. Tenemos que aprender a querer a

nuestros niños sin permitir que el amor y sus expresiones sea transversalizado por el fenotipo, el cabello y la cantidad de melanina en la epidermis. Tenemos que aprender a compartir gregariamente, auxiliándonos entre nosotras, en vez de denigrarnos, envidiarnos, entorpecernos y servir con ello a la amiga blanca. Es la desconfianza, hacia nosotras y entre nosotras, que nos ha inculcado la estructura jerárquicamente racializada que hasta hoy se impone, un arma en contra de nosotras y a favor de quienes nos discriminan, marginan, excluyen.

Tenemos ante nosotras el reto de reconocernos en nuestra diversidad, en nuestra pluralidad de género, de ideologías, de instrucción, espacial, religiosa. Tenemos que colaborar con nuestras diferencias, haciendo de éstas motivos de enriquecimiento y no de separaciones que redundan en contra de todas. Tenemos el desafío de acercarnos, respetar y ayudar a visibilizar a las mujeres negras lesbianas, bisexuales o transexuales, discriminadas además por su vivencia de género, pues de la mujer negra se espera que esté siempre disponible para el sexo con hombres. Esas mujeres son, en consecuencia, más lastimadas aún que sus hermanas negras heterosexuales y, sin embargo, suelen ser rechazadas por sus propias hermanas de cultura y de raza. Tenemos el reto de hacer valer nuestras diferencias etno-raciales, igualmente, en los cuidados de salud. Siendo las que peor subsistimos, en nosotras la violencia doméstica, el alcoholismo, la drogadicción, entre otros males sociales y de salud, hacen mayor mella, sometiéndonos a niveles de estrés negativo que inciden en nuestra salud y dificultan más nuestras condiciones materiales de sobrevivencia, sin que generalmente sea considerado ni por nosotras.

Tenemos que posesionarnos como sujetos sociales y emprender la creación de nuestras

propias instancias organizativas, pues las existentes en estos 52 años nunca han contemplado nuestras diferencias; estamos necesitadas de vencer la atomización para poder hacernos de armas que obliguen al sistema legislativo a contemplarnos desde nuestras diferencias sin que ello signifique menoscabo para nosotras. Necesitamos que en las instancias de poder estén representadas mujeres negras con conciencia de serlo y con determinación para el consecuente accionar a favor y no en contra de sus congéneres, como hasta el presente ha sido.

Tenemos que pugnar por hacernos presentes en los medios como nosotras somos y como queremos ser representadas, no como lo proyecten y decidan otros. Esto incluye la representación de familias negras estables, de todo tipo de actor social afrodescendiente desde modelos positivos, y no únicamente

en nuestras negatividades (tantas veces inducidas) como es rutinario. Tenemos que articularnos nuestro afrofeminismo nacional, hurgar en sus raíces históricas, escribir su historia e ir a la búsqueda de nuestras hermanas afrocaribeñas, afroamericanas, africanas, que en estos 52 años han proseguido con la organización y puesta al día del afrofeminismo, del cual nuestras circunstancias políticas nos mantuvieran aisladas.

En fin, estamos obligadas a reconocer que tenemos mucho que aprender, teórica y prácticamente, que forma parte de ese aprendizaje el estudio a la par que nuestro empoderamiento y reempoderamiento ciudadano, que nuestras luchas reivindicadoras como mujeres negras son de contenido político, sin que por ello nos invadan los estimulados complejos de apátridas.